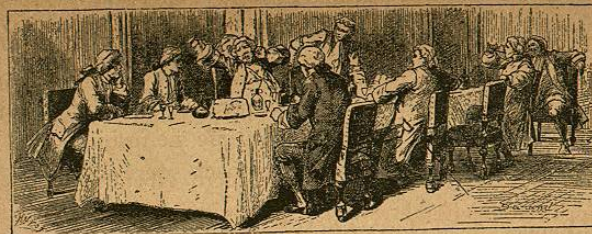
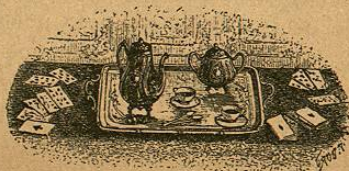


nuestra conversación, Rashleigh cansóse de jugar y; renunciando á los naipes, reanudamos el coloquio en el cual hizo casi todo el gasto.

Teniendo más instrucción que verdadero saber, mejor juez del espíritu de los hombres que de los principios de moral que deben dirigirlos, dominaba la palabra con un arte que en nadie más he observado. Poseyendo, á fondo, el conocimiento de sí mismo, se había estudiado con detención para sacar todo el partido posible de sus ventajas naturales: voz melodiosa, elocución fácil, elección feliz de modismos, lenguaje claro y juicioso, imaginación ardiente. No hablaba jamás recio, ni en tono arrogante; nunca pretendía imponer su modo de ver las cosas, hasta el punto de fatigar la paciencia ó el entendimiento de quienes le escuchaban. Sus ideas se sucedían unas á otras sin esfuerzo ni cansancio, como las aguas de un manantial abundante y generoso, muy al contrario de esos brillantes habladores de salón que se precipitan en la emisión de las suyas con el trastorno y el ruido de una presa de molino, agotando luego la corriente.

Había avanzado la noche, cuando pude sustraerme á los atractivos de una conversación tan seductora. De regreso en mi aposento, reproduje en mi recuerdo, y no sin cierta pena, el verdadero carácter del personaje, tal como me lo había representado antes de la entrevista.

Tal efecto ejerce en nosotros el placer, que oscurece nuestra percepción y embota nuestro juicio. No acierto á compararlo á otra cosa mejor que al sabor de ciertas frutas, dulces y ácidas á la vez, las cuales neutralizan el paladar hasta quitarle el gusto de los bocados que, acto seguido, se someten á la apreciación del mismo.



CAPÍTULO XI.

¿Por qué os veo tan pálidos, alegres amigos míos?
¿Por qué ese aspecto lúgubre? ¿Por qué bajar tan tristemente la cabeza en la quinta de Balweary?

Anónimo.

EL siguiente día caía en domingo.

Era uno de los más penosos para los habitantes del castillo. Después de la misa mayor, á que asistía con regularidad la familia toda, hubiera sido difícil precisar á cuál de los miembros de ella, excepción hecha de Rashleigh y de miss Vernon, abatia más con el peso de su carga el demonio del fastidio.

Mi contratiempo de la vispera tuvo el don de divertir, durante algunos minutos, á sir Hildebrando, quien me felicitó por haberme librado de la cárcel, como lo hubiera hecho por haber errado el salto de una valla sin romperme la crisma.

— ¡Tienes mucha suerte, muchacho, pero sé menos temerario en lo sucesivo! ¡Qué demonio! Todo el mundo, whig ó tory, puede transitar por los caminos reales.

— Os doy palabra, señor, de que jamás he intentado impedirlo. Cosa es, en verdad, que desespera ese acuerdo unánime en crearme cómplice de una picardía que me inspira horror y desprecio, y que, además, hubiera atraído sobre mi cabeza el extremo rigor de la ley.

— ¡ Bueno, bueno ! ¡ Como quieras, muchacho ! No pretendo averiguarlo. Nadie está obligado á acusarse á sí propio. ¡ Lléveme el diablo si no es hacer la guerra en regla !

Rashleigh vino entonces en mi auxilio, pero sus argumentos tendían más bien á procurar que su padre diera crédito sólo aparente á mis protestas, que á demostrar mi completa inocencia.

— En vuestra casa, querido señor, y tratándose de vuestro propio sobrino, de seguro que no persistiréis en mortificar á éste, dispuesto el ánimo á poner en duda lo que tanto interés demuestra él en afirmar. Su confianza en vos es ciertamente de las mejor depositadas, y si hubieseis podido socorrerle de alguna manera en el extraño lance, á buen seguro que vuestro corazón no se hiciera el sordo. Ciertísimo estoy de ello. Pero el primo Frank ha sido declarado inocente, y nadie tiene derecho á suponer lo contrario. Por lo que á mí toca, su inocencia no me ofrece la menor duda, y el honor de la familia exige, en concepto mío, que la sostengamos, con palabras y obras, ante y contra todo el mundo.

— Rashleigh, — le dijo su padre mirándole fijamente, — eres un ladino de primera fuerza. Siempre has tenido sobra de malicia para mí y también para muchos otros. ¡ Guárdate de caer en tus propios lazos ! Dos cabezas en un gorro no me parece emblema muy heráldico. Y á propósito de heráldico: voy á leer á Gwillym.

Anunció su resolución con un bostezo cuyo efecto fué irresistible sobre cada uno de sus gigantes hijos. Dispersáronse para procurarse, acá y acullá, entretenimientos conforme á sus gustos. Percie fuése á apurar, en compañía del intendente, un jarro de cerveza en la repostería; Thornie, á cortar un par de varillas y envolverlas en guarniciones de mimbres; John, á

preparar sus sedales; Dick, á jugar á cara y cruz, la mano derecha contra la izquierda; Wilfrid, á roerse los pulgares y á dormir, roncando, hasta la hora de cenar. En cuanto á miss Vernon, habíase retirado á la biblioteca.

Quedé á solas con Rashleigh, en el antiguo salón de piedra, de que los criados, no menos bruscos y chapuceros que la vispera, habían, por fin, quitado los restos de nuestro abundante almuerzo. El momento parecióme oportuno para echarle en cara su modo de tomar mi defensa, y le zaherí, declarándole francamente que lo reputaba muy humillante, puesto que había exhortado á sir Hildebrando á disimular sospechas más bien que á desecharlas.

— ¡ Y qué ! ¿ Qué le vamos á hacer, amigo mío ? — contestó Rashleigh. — Mi padre es accesible á toda clase de presunciones, y en cuanto se le ha puesto alguna entre ceja y ceja, (lo que, haciéndole justicia, no es tan fácil como eso,) conozco que vale más inducirle á disimularla que á combatirla. Así, no pudiendo arrancar las malas yerbas, las corto tan luego como se presentan, hasta que por sí mismas se secan. No es prudente ni provechoso discutir con un alma del temple de aquella, que se revuelve contra la razón, y cree con tanta firmeza en sus impulsos naturales como creemos nosotros, buenos católicos, en los del Padre Santo.

— Lo cual no hace menos molesto el vivir bajo el techo mismo en que vive un hombre, un próximo pariente, que no consiste de ver en mí á un ladrón en despoblado.

— En el fondo, vuestra inocencia no ha de sufrir en lo más mínimo por esa idea ridícula, si es lícito calificar de tal modo las de un padre. Y por lo tocante al acto en sí mismo, podéis estar convencido de que, bajo el punto de vista de la política y de la moral, sir Hildebrando lo conceptúa meritorio. Trátase de debilitar al enemigo, de despojar á los amalacitas, y la parte imaginaria que habéis tomado en ello os ha granjeado mayor estimación.

— Yo no quiero granjearme la estimación de nadie, caballero, con actos que me rebajen ante la mía; y esas sospechas in-

juriosas me proporcionarán excelente motivo para abandonar el castillo, tan luégo como pueda ponerme de acuerdo con mi padre acerca del particular.

Rashleigh, cuya sombría figura reflejaba raras veces las emociones íntimas, dejó escapar una vaga sonrisa que hizo desaparecer en un suspiro.

— ¡ Hombre feliz ! — exclamó. — Vais y venis libre como el aire. Vuestro porte, vuestro gusto y vuestro talento os darán acceso en nuevos círculos, donde se sabrá apreciarlos de otra manera que en este antro de salvajes. Yo, por lo contrario, ...

Aquí se contuvo.

— ¿ Qué hay en vuestra suerte que os haga envidiar la mía ? A mi, proscrito, ¿ lo que me conviene no es el nombre, el corazón y la casa de mi padre ?

— Si ; pero considerad las ventajas de la independencía que habéis conquistado con un sacrificio momentáneo cuyo término creo seguro que se acerca. Pensad en la complacencia de obrar como sér libre, de cultivar vuestras disposiciones según el sesgo de vuestro espíritu, y de seguir una carrera tan favorable al éxito que os aguarda. No es pagar excesivamente caro, con la permanencia de algunas semanas en el Norte, la gloria y la libertad, hasta llamándose casa Osbaldistone el lugar de vuestro destierro. Nuevo Ovidio entre los tracios, no os sobran, no, motivos para deplorar en verso vuestro ostracismo.

— ¿ Cómo se explica, — observé con el rubor propio de un aprendiz de poeta, — que estéis tan al corriente de mis fugaces estudios ?

— Últimamente y antes de vuestra llegada, recibimos á un emisario de vuestro padre, á un tontuelo llamado Ficelle, quien me comunicó que os dedicabáis en secreto á las musas y que algunos fragmentos de vuestra inspiración habian merecido aplausos de los doctos.

Aquel que más pura de pecado de poesía tenga la conciencia no habrá dejado de conocer á algún aprendiz ó compañero, sino á algun maestro, del templo de Apolo, y sabrá que la vani-

dad es su flaco, desde el ilustre Pope, el bardo de Twickenham, hasta el último de los rimadores á quienes vapuleó con el látigo de la sátira en *La Dunciada*. Poseía yo mi dosis de aquella como otro cualquiera. Era poco probable, en verdad, que el insignificante Ficelle conociera las dos ó tres composiciones en verso que habia yo dado á conocer en un café literario, y menos todavía que pudiera haberse hecho eco de la opinión de los parroquianos ; pero sin meditar todo eso, piqué, casi al momento, en el anzuelo. Obsérvolo mi interlocutor y sacó de ello mejor partido, rogándome, con modesta al par que apremiante curiosidad, que le diera á conocer algunas de mis obras.

— Necesito que me concedáis una velada que pasarémos en mi cuarto, — prosiguió, — ya que estoy en vísperas de abandonar los encantos del estudio por las cargas del comercio y las pueriles exigencias del mundo. ¡ Qué le vais á hacer ! Mi padre manda, el interés de la familia lo exige y no me queda otro recurso que someterme. Pero es un verdadero sacrificio, sobre todo cuando pienso en el estado de calma y de sosiego á que me destinaba mi educación !

Si tenía yo vanidad, no era tonto, y aquel rasgo de hipocresía fué demasiado grosero para imponérseme.

— ¡ Vaya ! — le dije — ¿ Habláis formalmente cuando afirmáis que os duele cambiar el ministerio de presbítero católico, reducido á la oscuridad y á privaciones mil, por las riquezas y los placeres del mundo ?... ¡ No me convenceréis de ello !

Rashleigh comprendió que habia representado con exceso la comedia del desinterés. Después de un instante de silencio, empleado, según presumo, en calcular hasta qué punto debía usar de franqueza conmigo, (cualidad rara y que no mistificaba jamás sin necesidad,) dijome con la sonrisa en los labios :

— A mi edad, verse condenado á la riqueza y á los placeres del mundo, conforme vos decís, no se ofrece tan alarmante como tal vez debiera serlo. Empero, y perdonad mi lenguaje, os habéis equivocado acerca del destino que me estaba reservado. Presbítero, concedido ; oscuro, no ! No, caballero : Rashleigh

Osbaldistone permanecerá más en la oscuridad, hasta elevándose á la categoría de los más ricos comerciantes de Londres, que si fuese miembro de una Iglesia cuyos ministros, según frase célebre, colocan sus piés sobre la cabeza de los reyes. Mi familia goza de gran predicamento cerca de una corte desterra-



Rashleigh Osbaldistone.

da, y esta corte tiene el derecho de ejercer en Roma, como ejerce en efecto, una influencia todavía mayor. Mis medios no están por bajo de la educación que he recibido. Razonando friamente, os diré que hubiera podido aspirar á un puesto elevado en la Iglesia, y, conforme á mis ilusiones, hasta al más alto. ¿ Por qué, — añadió riendo, pues poseía el arte de saber mantenerse en los límites de lo sério y de la broma, — por qué, decidme, un cardenal Osbaldistone, bien nacido y contando con grandes relaciones, no habría de disponer de la suerte de los imperios, á ejemplo de Mazarino, hijo de un artesano, ó de Alberoni, hijo de un jardinero?

— No veo, en efecto, razón en contrario; pero, así y todo, yo, en lugar vuestro, no sentiría en lo más mínimo perder la posibilidad de una grandeza precaria y aborrecida.

— No lo sentiría, en efecto, si mi futura situación me ofreciese mayor seguridad; mas depende de circunstancias cuyo efecto sólo se producirá con el tiempo: del carácter de vuestro padre, por ejemplo...

— Hablad sin rodeos, Rashleigh. ¿ Deseáis de veras que os lo haga conocer?

— Puesto que, á ejemplo de Diana Vernon, os preciáis de seguir la bandera de la señora Franqueza, os responderé que sí.

— Sea en buenhora. Hallaréis en mi padre un hombre que siguió la carrera del comercio más porque le ofrecía medios para ejercitar su inteligencia, que por amor al oro de que se presenta cubierta. Su espíritu activo no busca más que la lucha, y en todas partes, si se le hubiese mostrado libre campo, se hubiera sentido dichoso de manifestarse, hasta sin otra recompensa que sus laboriosos esfuerzos. Ha acumulado riquezas porque, sobrio y moderado en su sistema de vida, no ha sentido, al hacerse rico, la necesidad de atender á nuevos gastos. Aborrece el disimulo en los demás, desdenándolo para si propio. Está dotado de maravillosa sagacidad para descubrir los más secretos móviles á través de los artificios del lenguaje. Callado por costumbre, fatiganle pronto los charlatanes, tanto más, cuanto que los asuntos que le interesan no dan pábulo á larga conversación. Es observador rigido de sus deberes religiosos, pero no temáis que se inmiscuya en los vuestros, pues la tolerancia constituye para él un sagrado principio de economía política. Tan sólo, caso de que seáis partidario del rey Jaime, como es natural suponer, haréis bien en no manifestar, delante de él, ni el menor asomo de tendencia favorable á las opiniones aristocráticas, pues le horrorizan. Por lo demás, su palabra es ley para si como para cualquiera que se relaciona con él, y ni falta á lo que debe, ni sufre tampoco que se le falte. Para grangearse sus bondades, fuerza es cumplir lo que ordena, en vez de aplaudirlo. Su más desagradable

mania, (debida á las prevenciones anexas á la profesión que ejerce, ó más bien á su predilección exclusiva,) es la de parecerle poco digno de elogio ó de atención todo aquello que, de cerca ó de lejos, no se relaciona en nada con el comercio.

— ¡Admirable retrato! — exclamó Rashleigh, no bien cesé de hablar. — Van Dyck fuera un embadurnador á vuestro lado, Frank. Veo ya á vuestro padre en su valor y en su debilidad, amando y honrando al rey como una especie de lord-corregidor ó de presidente del consejo de comercio, venerando la cámara de los Comunes en atención á las leyes que regulan la exportación y respetando la de los Pares porque el canciller se sienta en un saco de lana.

— Mi retrato era de algún parecido; el vuestro es una caricatura. Puesto que he desplegado, á vuestros ojos, el mapa del país á donde iréis, suministradme, en cambio, algunas luces sobre geografía de los terrenos desconocidos...

— En que habéis encallado. ¿Valen, acaso, la pena? En lugar de una isla de Calipso, con sus sombras frondosas y sus misteriosos laberintos, habéis dado con una comarca del Norte, áspera y escueta, tan poco á propósito para atraer el espíritu como para complacer á los ojos. Media hora de examen os hará conocer su desnudez como si la hubierais descrito mediante regla y compás.

— ¡Oh! Algo hay que merece más atento examen. ¿Qué me decís de miss Vernon? ¿No constituye un notable punto de vista, dentro del paisaje mismo, aunque fuera éste más desolado que una isla de hielo?

Noté perfectamente que el nuevo asunto de conversación no gustaba á Rashleigh; pero la franqueza de mis noticias dábame derecho de interrogar, á mi vez. Conociólo y vióse obligado á acceder á mi demanda, á pesar de la dificultad en que se hallaba de maniobrar sobre un terreno ardiente.

— De un tiempo á esta parte, — dijo, — ofréncenseme menos ocasiones que antes de ver á miss Vernon. Mientras fué muchacha, le serví de maestro; cuando salió de la adolescencia, mis numerosos trabajos, la gravedad de la profesión á que

se me destinaba, la naturaleza particular de sus aficiones; en una palabra, nuestra mútua situación hacía peligrosa y poco conveniente una intimidad de las más estrechas y de todos los días. Temí que miss Vernon viera en mi reserva sólo un defecto de correspondencia, pero era cuestión de deber, cuyo cumplimiento me costó mucho, como le costó á ella cuando fué necesario someterse á la prudencia. Pues ¿qué no era de temer continuando en la familiaridad de una joven bella y sensible, que sólo puede excoger entre el claustro y un matrimonio impuesto?

— ¿No le queda más que tamaña alternativa?

— ¡Ay! ¡Nada más! — dijo Rashleigh suspirando. — No es necesario, á lo que creo, preveniros contra el peligro de cultivar, con asiduidad excesiva, la amistad de miss Vernon. Sois hombre de mundo, y se os alcanza hasta qué punto podéis buscar la sociedad de Diana, con seguridad para vos y con los miramientos á ella debidos. Pero ¡sed cauto! ¡Vigilad de cerca sus sentimientos como los vuestros! Os lo advierto en atención á su naturaleza arrebatada, de la cual visteis ayer un rasgo que da la medida de su atolondramiento y de su desprecio á las conveniencias sociales.

Había, sin duda, un fondo de buen sentido y de verdad en todo eso, y no tenía yo razón alguna para echar á mala parte un consejo con visos de amistoso. Y no obstante; ¡con qué placer, durante la advertencia, habría traspasado con mi espada el cuerpo de aquel hombre!

« ¡Al diablo el impertinente! — pensé. — Según él, miss Vernon se hubiera enamorado de su villana faz de hoja de cuchillo, y hubiera descendido hasta los suelos, á no ser por la continencia de monseñor Rashleigh, al curarla de su loca pasión. ¡Ah! Sabré lo que ha querido significar, aunque me cueste el arrancarle las entrañas! »

Tomada dicha resolución, impuse silencio á mis resentimientos, y, afectando una discreta compostura, llegué al extremo de lamentar que persona dotada de tanta inteligencia y de tantas aptitudes estuviera tan falta de prudencia y de seso.

— Su franqueza y su descuido llegan al extremo, — repuso el joven; — pero su corazón es de oro: os lo juro. Para no ocultaros nada, os diré que, si persiste en su aversión al claustro y al marido que se le destina, y si mis trabajos en las minas de Plutón me proporcionan segura y honrada independencia, puede que piense en reanudar el hilo de nuestras relaciones y en ofrecerle la mitad de mi fortuna.

«Con su voz melodiosa y sus bien compuestas frases, (pensé para mí,) ese Rashleigh es el tonto más horrible y pagado de sí propio que he visto en la vida!»

— Lo que me disgusta, — continuó, como si pensara en alta voz, — es tener que suplantar á Thorncliff.

— ¡Cómo! — exclamé irguiendo el cuerpo; — ¿es ese el marido destinado á Diana Vernon?

— ¡Dios mío!... ¡Si! La voluntad de su padre y ciertos arreglos de familia la obligan á casarse con uno de los hijos de sir Hildebrando. Se ha conseguido de la curia de Roma una dispensa que le permite ser la esposa de... Osbaldistone, escudero, hijo de sir Hildebrando Osbaldistone, *baronet*, (1) etc. Sólo resta escoger el dichoso mortal cuyo nombre de pila ha de llenar el vacío, y como Percie sólo piensa en beber, mi padre ha designado á Thorncliff, el segundo de la familia, para perpetuar la raza.

— Tal vez, — observé esforzándome en afectar un aire chancero que debía sentarme muy mal, — la futura hubiera preferido buscar algo más abajo, en el árbol de la familia, la rama á que unirse.

— No lo sé. Poco hay que escoger en nuestra casa. Dick es un jugador; John un palurdo, y Wilfrid un asno. Bien mirado, no ha escogido mi padre tan mal para la pobre niña.

— ¡Mejorando lo presente!

— ¡Oh! Mi vocación por la Iglesia me ponía fuera de combate; de otra suerte, no ocultaré que la ventaja de mi educa-

(1) Titulo inglés, entre barón é hijodalgo.

ción, para maestro y guía á la vez, hubiera podido hacer de mi persona un partido más conveniente que la de cualquiera de mis hermanos mayores.

— Y... ¿miss Vernon era, sin duda, de igual parecer?

— ¡Oh! ¡Esto es tan lejano! — contestó Rashleigh descartando tal hipótesis con una apariencia de modestia que cabalmente la confirmaba. — Amistad y sólo amistad nos unía el uno al otro, teniendo por consejero el afecto naciente en un corazón tierno. En cuanto al amor, no nos hirió en lo más mínimo. ¿No os lo he dicho ya? La sabiduría llegó á tiempo.

La conversación me irritaba y, no sintiéndome con humor para sostenerla más, aproveché luego la ocasión para retirarme á mi cuarto.

Presa de violenta agitación, discurri, paseando y repitiendo en alta voz las expresiones que más me habían chocado.

«Corazón sensible... natural ardiente... afecto naciente... ¡amor!... ¡Diana, la más bella mujer que existe en el mundo, enamorada de aquellas piernas zambas y de aquel pescuezo sobre aquellas espaldas! ¡De un miserable patizambo, de un Ricardo III sin la joroba!... Si: pero los buenos momentos que le ofrecieron las malditas lecciones, su lenguaje dorado, sus trasportes de melosa sensiblería... Y después, el aislamiento de ella, sin nadie que la hiciera oír la voz de la razón... Se enredaría con él, claro está. A la admiración que dispensa ella á su talento, mézclase cierto despecho que bien puede ser efecto de una pasión no correspondida... Mas ¿qué me importa? ¿A qué calentarme de cascos y abandonarme al furor? ¿Sería, acaso, la primera niña hermosa que hubiera escogido, por amante ó por esposo, un picaro deforme? Y, supuesto que se haya librado de todos aquellos condenados novios ¿qué tengo yo que ver en ello?... ¡Una papista, una jacobita, un marimacho!... Pensar en ella fuera el colmo de la locura!»

Semejantes reflexiones, lejos de calmar mi arrebatado, lograron sólo convertirlo en cólera sorda. Bajé para sentarme á la mesa, y lo verifiqué en la más negra disposición que imaginarse pueda.